***Navidad en el conflicto***

*Eduardo de la Serna*



Habituados a villancicos, a “noche de paz, noche de amor, todo canta en derredor”, a la sonrisa hueca del gordo disfrazado con horribles colores y rodeado de nieve y otras linduras, pareciera que para Navidad ha de haber en el mundo entero una suerte de tregua que simule los dolores, las pobrezas y miserias, que engañe el estómago y mienta con caras sonrientes.

Pero veamos la navidad. La primera.

***Fecha***

Señalemos -para empezar – que desconocemos totalmente la fecha del nacimiento de Jesús (“pero que nació, ¡nació!”).

Si hemos de dar crédito a algunos datos (que en realidad son catequéticos), veamos:

Hay unos pastores durmiendo a la intemperie (Lc 2,8) por lo que debemos descartar el invierno (es decir diciembre-marzo).

Durante los 3 primeros siglos, no se celebraba propiamente “el nacimiento” sino la manifestación de Jesús en la historia”, lo que se hacía el 6 de enero, recordando su manifestación al nacer, su manifestación a los magos, su manifestación en el bautismo, su manifestación en unas bodas en Caná…

En la práctica, en los primeros signos, las fechas propuestas seguían criterios teológicos (lo dicho por un profeta, por ejemplo), y no veían la necesidad de celebrar el nacimiento. Orígenes, por ejemplo, afirma que sólo los paganos celebran los nacimientos, como es el caso del Faraón, o de Herodes (Comentario a Mateo XIV:6). Pero con el tiempo, se fue imponiendo la celebración del 6 de enero en Alejandría, en Siria… y así pasó a Occidente. Pero en la primera mitad del s. IV, y dada la importancia que tiene en Roma la celebración del sol y el culto de Mitra, Constantino intenta ligar ambas celebraciones. Las discusiones teológicas de Nicea (325) influyeron en la separación de la conmemoración del nacimiento de la del Bautismo. Por su parte, en Occidente se escucha la voz de Ambrosio: “¡Cristo es nuestro nuevo sol!” (Sermón VI); Agustín exhorta a no adorar, como hacen los paganos, al sol sino a Aquel que lo ha creado (Sermón de Navidad 7) y León Magno cuestiona a los que celebran el nacimiento del sol y no el de Cristo (Sermón 27).

Pero esto supuso conflictos – al borde de la ruptura – con Oriente. Fue Juan Crisóstomo (386) el que en un sermón de Navidad que invita a celebrar el 25 de diciembre “la cuna de todas las fiestas”, “cada uno debe dejar su casa para contemplar a nuestro Señor tendido en el pesebre, envuelto en pañales. Espectáculo maravilloso que hace temblar”. Finalmente, gracias a Crisóstomo, las iglesias de Antioquía; gracias a Gregorio Nacianceno, en el 379, en Constantinopla y en 431 en Egipto se fue reconociendo el 25 de diciembre como fecha de la Navidad. Jerusalén se resistió, y ni la predicación de Jerónimo logró convencerla hasta bien entrado el s. VI. Hoy, solamente la Iglesia armenia celebra el nacimiento de Jesús el 6 de enero.

**Contexto**

Como es sabido, solamente los evangelios de Mateo y Lucas hacen referencia al Nacimiento de Jesús. Ambos hacen mención de Herodes (el Grande; Mt 2,1; Lc 1,5). Lucas añade el contexto de un censo ordenado por Augusto (sabemos que Herodes muere en el año 4 aC).

Empecemos señalando un tema menor… Ya conocemos aquellos grandes personajes que se autoperciben “Magnos / grandes”; Alejandro, Pompeyo, y hemos señalado a Constantino, o algunos papas como León o Gregorio. Ahora encontramos a Herodes, y a Octaviano que se renombra “Augusto” … ciertamente el contraste con los pañales y el pesebre es elocuente.

*Herodes* fue sumamente importante en el mundo judío. Gobernante en un momento, y casado con Mariamne (asmonea) no es judío, sino idumeo. Es nombrado rey por el triunvirato que gobierna Roma en el interregno entre la muerte de Julio César (44 aC) y la erección de Augusto como Emperador (27 aC). Por un lado, se caracterizó por importantísimas construcciones, por ejemplo, nada menos que la reconstrucción y engrandecimiento del Templo de Jerusalén, pero, a su vez, fue particularmente sanguinario. Eliminó a cualquiera que pusiera en sombras su reinado, familiares incluidos (es por eso que Mateo – en paralelo con el Faraón de tiempos de Moisés – lo presenta aniquilando a todos los varones menores de 2 años nacidos en Belén y sus alrededores; ver Mt 2,16).

*Augusto* se impuso con astucia sobre su contrincante Marco Antonio, al que finalmente vence en la batalla de Accio (31 aC). Su nacimiento y posterior elevación al trono fue, luego, especialmente en Oriente, celebrado como el nacimiento de un dios que trae al mundo entero (es decir, a Roma) la salvación y la paz. Es sabido que la *pax romana* significa el total sometimiento. Así lo dice Polibio, por ejemplo:

*Los etolios, tras algunas observaciones posteriores sobre la situación, decidieron ceder la última decisión a Manio Acilio, entregándose a la lealtad (*pistin*) romana, sin saber exactamente, por supuesto, lo que entrañaba esta rendición. Les engañó el término ‘lealtad’; creían que así moverían más a compasión. Pero, entre los romanos, ‘entregarse a la lealtad romana’ significa lo mismo que rendirse incondicionalmente al vencedor.* (Polibio, *Historias*, libro XX, 9-12)

Es sabido que un censo es una expresión, precisamente, de sumisión; precisamente por eso, cuando fue el tiempo del censo de Augusto, hubo en Israel un levantamiento, que implicó muertes y violencia (ver Hch 5,37).

El nacimiento de Jesús, entonces, ocurre en un ambiente de conflicto, no de una “noche de paz”. Podríamos seguir haciendo referencia a la vida y ministerio de Jesús, en los que encontramos a Tiberio César, a Herodes Antipas y a Poncio Pilatos, pero no es el caso en este contexto. Jesús viene a “salvar” (el nombre significa *Yahvé ayuda / salva*). Para “peor”, la voz del cielo les dice a los pastores tres cosas (Lc 2,10-14):

1. .    Que les anuncia una gran *alegría* que lo será para todo el *pueblo*;
2. .    La señal es un niño envuelto en *pañales* acostado en un *pesebre*;
3. .    La alabanza a Dios es gloria a él en el cielo y *paz* a todos los seres humanos en quienes él se *complace*.

Eso es importante en Lucas, el Evangelio de la *alegría*, con el que dan gloria a Dios porque “ha visitado a su *pueblo*” (Lc 7,16), porque el “pueblo lo escuchaba y estaba pendiente de sus palabras” (19,48) que madrugaba para escucharlo (21,38) porque era “un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y todo el pueblo” (24,19).

Los *pañales*, como los usa cualquier niño de la comarca (ver Ez 16,4) y el *pesebre*, es el lugar donde se guardan “el buey y el asno” (Lc 13,15; ver Is 1,3; Hab 3,17) no parece un “signo” para quienes quieren ver un “signo del cielo” (Lc 11,16.29; ver 23,8).

Lo que *complace* a Dios es la revelación a los pequeños y que “estas cosas”, los misterios del reino, se han escondido a los sabios y entendidos (Lc 10,21), es a estos a los que llega la “*paz*”.

El evangelio, como se ve, está todo él en un ambiente de conflicto en el que Jesús tiene un proyecto alternativo al que él llama “reino de Dios”.

Hoy también estamos en un ambiente de conflicto. Ambiente en el que reina la violencia internacional y nacional, reina el odio (y el miedo, que en ocasiones se parecen), reina la indiferencia, la falta de solidaridad, reina el desentendimiento de la vida y la realidad de los hermanos y hermanas… reinan otros dioses: el Dios dinero en primer lugar, príncipe del panteón. Sabemos que “la raíz de todos los males es el amor al dinero” (1 Tim 6,10), porque ese amor al dinero es “idolatría” (Col 3,5).

El nacimiento de Jesús es subversivo; viene a mostrar que otro modo de ver, otro modo de vivir, otro modo de ser es más parecido a la voluntad de Dios que llamamos “reino”. Nace un niño desamparado e indefenso en un mundo de violencia y conflicto. Uno que quiere dejar que Dios salve a todos los desamparados e indefensos de la historia; uno que viene a socavar, a corroer, a corromper las raíces de la injusticia, de la violencia, de la muerte y el egoísmo; uno que viene a traer paz a aquellos en los que Dios se complace. Solo es cosa de ver los signos que Dios quiere dar (y no los que nosotros queremos que Él nos dé), y viendo desde la pequeñez, ir descubriendo que otro mundo es posible. En medio del conflicto Jesús nace. Y sigue naciendo en nuestros conflictos libertarios de inhumanidad e injusticia. Nacer, ¡nace!, sólo es cosa de encontrarlo y no pretender verlo en un trineo, nieve y arbolitos decorados. El pesebre es otra cosa.

 Imagen tomada de <https://latunicadeneso.wordpress.com/2015/12/28/herodes-el-grande-el-rey-de-la-biblia-que-fue-acusado-de-la-matanza-de-los-inocentes-2/#jp-carousel-18402>